

CAPITULO XLII

LA VIDA DE LA ESPECIE

En el capítulo anterior recordé que las ideas (platonicas) de los diferentes grados de seres, las cuales son objetivaciones adecuadas de la voluntad de vivir, se representan en el conocimiento individual, ligado siempre á la forma del tiempo, como *especies*, es decir, como individuos sucesivos y similares que se relacionan entre sí por el vínculo de la procreación. Dije que la especie era, pues, la idea (*εἶδος*, *species*) dividida y prolongada en el tiempo. Por consiguiente, la esencia de toda criatura reside, ante todo, en la especie, pero ésta, á su vez, no existe más que en los individuos. Aunque la voluntad no llegue á la conciencia de sí más que en el individuo; aunque por tanto no se conozca directamente más que en el estado individual, abriga, sin embargo, en el fondo de sí, el sentimiento de que en la especie es donde su ser se objetiva realmente, y este sentimiento se manifiesta en que los intereses de la especie como especie, á saber, las relaciones sexuales, la procreación y la alimentación de la progenitura, son los cuidados más importantes y más caros á los ojos del individuo. De ahí resulta en los animales el ardor del celo (cuya vehemencia describe tan admirablemente Burdach en su Fisiología), y en el hombre la elección caprichosa

y atenta del individuo, con el cual buscará la satisfacción del instinto sexual. Esta elección puede elevarse hasta el amor apasionado, al estudio del cual he consagrado todo el capítulo XLIV. También procede de ahí el inmenso amor de los padres á su progenitura.

En los complementos del segundo libro he comparado la voluntad á la raíz del árbol y la inteligencia á su copa; y esto es exacto desde el punto de vista interior ó psicológico; pero, exterior ó fisiológicamente, la raíz la forman las partes genitales y la cabeza es la copa. Aunque las partes genitales no sean las que efectúan la nutrición, sino las vellosidades de la mucosa intestinal, éstas no son la raíz, pues mediante las partes genitales se relaciona el individuo con la especie de donde ha salido. Físicamente, el individuo es un producto de la especie; metafísicamente, es la imagen, más ó menos perfecta, de la idea, que dentro del cuadro de los tiempos se representa como especie.

De conformidad con la relación que hemos señalado, la mayor vitalidad del cerebro es siempre simultánea y conexa con la de las partes genitales, é igualmente su decrepitud. El instinto sexual es, para la especie, lo que para el árbol el alimento que chupa por las raíces, ó la hoja que se nutre del tallo y contribuye á nutrirle. Por eso es tan poderoso y profundo ese instinto de nuestra naturaleza.

Castrar á un individuo, es separarle del árbol de la especie sobre el cual crecía, para dejarle secarse aislado; pues semejante mutilación trae consigo la decadencia de las fuerzas físicas é intelectuales. Observemos también que el servicio de la especie, ó sea la cópula, va seguido en todo animal de una dejadez y un relajamiento momentáneos de todas sus fuerzas, y

hasta en algunos insectos de la muerte inmediata, lo cual hace decir á Celsio: *Seminis emissio est partis animae jactura*; observemos, además, que en el hombre la cesación de la función genital indica que camina hacia su fin; reparemos, por último, que el ejercicio inmoderado de esta función abrevia la vida en todas las edades, y que, por el contrario, la continencia aumenta todas las fuerzas, particularmente la muscular, hasta el punto de que aquella virtud era para los atletas griegos preparación necesaria á sus combates y que dicha abstinencia prolonga la vida del insecto hasta la primavera próxima. Todas estas consideraciones nos muestran que, en el fondo, la vida del individuo está tomada de la de la especie, y que toda fuerza vital no es, por decirlo así, más que una derivación de la corriente principal genérica. Esto se explica por la circunstancia de que el *substratum* metafísico de la vida se manifiesta inmediatamente en la especie, y de ésta, mediatamente en el individuo. En este orden de ideas, son adorados en la India el Lingam y la Joni, como símbolos de la inmortalidad de la especie, y se consideran como atributos de Siva, aunque preside la muerte, precisamente para formar equilibrio con la destrucción.

Pero, sin mito ni símbolo, la violencia del instinto genital, el ardor y el empeño que el hombre y el animal ponen para satisfacerle, prueban que, mediante esta función, se enlaza el ser viviente con lo que es su verdadera esencia, ó sea con la especie, y que todas las demás funciones y todos los demás órganos sólo sirven directamente al individuo cuya existencia es secundaria. La vivacidad de este instinto, en el cual se concentra todo el ser animal, demuestra además que el individuo tiene conciencia de que es una criatura

pasajera, que debe consagrarse por entero al cuidado de conservar la especie, puesto que en ésta radica su verdadera existencia.

Para aclarar bien la cuestión, consideremos un animal en celo y durante la cópula. Le veremos desplegar un ardor que antes no mostraba. ¿Qué pasa en él? ¿Sabe que debe morir y que del acto que realiza en aquel momento va á nacer un nuevo individuo semejante en todo á él, y que ha de reemplazarle? Nada de esto sabe, puesto que no raciocina; pero trabaja con tanto celo por la perpetuación de su especie como si lo supiera. Sabe que quiere vivir, existir, y expresa el grado supremo de esta volición en el acto genésico; esto es todo lo que pasa en su conciencia en aquel momento. Y no se necesita más para la perpetuidad de los seres, precisamente porque la inteligencia es adventicia, mientras que la voluntad es lo radical. Por esto también la volición no necesita hallarse guiada, en todas las circunstancias, por la cognición; pues cuando aquélla se determina por su propia espontaneidad, sabe objetivarse á sí misma en el mundo de la representación. Cuando un animal determinado, como el que acabamos de considerar, quiere vivir y existir, no quiere la vida y la existencia de un modo general, sino bajo su propia forma particular. Por eso, al ver una hembra de su especie, en la cual encuentra esa misma forma, su voluntad le impulsa al acto de la generación.

Esta voluntad, vista desde fuera desde el punto de vista del tiempo, dura indefinidamente bajo la forma de aquel animal determinado, por medio de la sustitución perpetua de un individuo por otro; en otros términos, por las alternativas de la muerte y la reproducción. Así consideradas, son éstas como las pulsa-

ciones de la forma eterna, llamada *ἰδέα, εἶδος, species*. Las podemos comparar á las fuerzas de atracción y repulsión mediante cuyo antagonismo existe la materia.

Lo que acamos de decir del animal se aplica también al hombre, pues aunque éste tenga perfecto conocimiento de la causa final del acto de la reproducción, no se guía por tal conocimiento, sino que aquel acto se deriva directamente de la voluntad de vivir, cuya concentración es; así, pues, hay que clasificarle entre los actos instintivos. El conocimiento del fin no dirige la reproducción en el animal, como no dirige tampoco sus instintos de industria; estos últimos, en lo principal, son igualmente una manifestación de la voluntad de vivir, sin intervención de la inteligencia, á la cual quedan reservados sólo los pormenores. La reproducción es, hasta cierto punto, el más admirable de estos instintos, y su obra la más asombrosa de todas.

Estas consideraciones explican por qué, el apetito sexual tiene un carácter tan diferente de todos los demás. No sólo es el más fuerte, sino que su fuerza es de naturaleza específicamente más energética. Está siempre sobreentendido como necesario é inevitable, y no es, como otros deseos, cuestión de gusto ó de capricho. Es la esencia misma del hombre. En conflicto con este apetito, ningún motivo es bastante poderoso para triunfar de él. Es el negocio capital, hasta el extremo de que, cuando tenemos que privarnos de su satisfacción, no hay goces que puedan indemnizarnos de ello; de suerte que, para alcanzar esa satisfacción, el animal y el hombre no retroceden ante ningún obstáculo ni peligro alguno.

Hallamos cándidamente expresada esta inclinación

natural en la conocida inscripción que orna, con un falo, la puerta del lupanar de Pompeya: *Heic habitat felicitas*; era cándida esta inscripción para el visitador entrante, irónica para el saliente, y en sí resultaba profunda.

En cambio, el poder excesivo del instinto sexual está expresado con seria dignidad en una inscripción que, según Theon de Esmirna (*De Musica*), había grabado Osiris en una columna que hizo elevar á los dioses inmortales: *Al espíritu, al cielo, al sol, á la luna, á la tierra, á la noche, al día y al padre de todo lo que es y lo que será, á Eros*. Lucrecio comienza su libro con este hermoso apóstrofe:

*Aeneadum genitrix, hominum divòmque voluptas.
Alma Venus, etc.*

Todo esto se justifica por la importancia del papel que desempeña en el mundo la relación de los sexos, que es el resorte oculto de toda la actividad humana, y por todas partes se transparenta, á pesar de los velos con que la cubrimos. Enciende la guerra y hace firmar la paz, aparece en el fondo de todo negocio serio y en el de toda diversión; es fuente inagotable de chistes y agudezas, clave de toda alusión, intención secreta de toda insinuación ó de toda proposición inexpresada; es la significación de las miradas á hurtadillas, la aspiración que persiguen los jóvenes, y también, los viejos; la preocupación incesante del libertino y el ensueño involuntario que asedia el cerebro del casto; es materia siempre dispuesta para la chanza, y todo eso es, entre todas las cosas la más seria. Lo que da á este asunto sus sales cómicas y se presta á hacer reir á las gentes es que, siendo negocio capital para todos los hombres, es conducido con el ma-

por misterio, y ostensiblemente parece que nadie piensa en él. Pero, de hecho, es el dueño legítimo del universo, á quien vemos á cada instante, asistido de su omnipotencia y apoyado sobre sus derechos seculares, tomar posesión de su trono hereditario y reirse de los esfuerzos intentados para sacudir su dominación.

Por mucho que los hombres hagan para domar el poder de esta inclinación, para encadenarla, para restringirla, para disimularla todo lo posible, ó cuando menos para dominarla lo bastante, con el fin de recircularla á no ser en su existencia más que un negocio secundario, todas estas tentativas serán siempre vanas. Esto consiste en que el instinto sexual es la esencia misma de la voluntad de vivir, y, por tanto, la concentración de la voluntad general; por eso en el texto del primer volumen llamé á los órganos genitales el foco de la volición. El hombre es, por decirlo así, una concreción del instinto sexual; viene al mundo por un acto de cópula, el mayor de sus anhelos es la cópula, y ésta es, en fin, quien enlaza y perpetúa sus fenómenos. La voluntad de vivir se manifiesta, en primer lugar, en el instinto de conservación individual, pero este no es más que el primer escalón de la tendencia á la conservación de la especie, y esta última será siempre la más fuerte en razón de la mayor importancia que revista la vida de la especie, en cuanto á su duración, á su extensión y á su valor. Por eso el instinto sexual es la manifestación más perfecta y el tipo más neto de la voluntad de vivir, lo cual concuerda, no sólo con el hecho aquel á que deben los hombres su existencia, sino también con su superioridad sobre las demás inclinaciones del hombre natural.

Aquí tiene su lugar propio una concordancia fisioló-

gica que sirve para aclarar el principio fundamental expuesto en el segundo libro. Como hemos visto, el instinto sexual, es el más violento de los deseos, el anhelo de los anhelos, la concentración de todo nuestro querer; su satisfacción, cuando realiza un deseo inspirado especialmente por un individuo determinado, es una voluptuosidad extremada, el fin supremo al cual puede tender la aspiración natural; cuando la obtiene el hombre, considera haberlo obtenido todo, cuando la pierde, juzga que nada le resta. Pues asimismo hallamos, en la voluntad objetivada, es decir, en el organismo humano, como correlativo fisiológico de lo anterior, que el licor seminal es la secreción de las secreciones, la quinta esencia de todos los humores, el resultado último de las funciones orgánicas, lo cual confirma una vez más que el cuerpo no es más que la objetividad de la voluntad; en otros términos, la voluntad misma en forma de representación.

A la procreación sigue la conservación de la progenitura. Del amor sexual sale el amor paternal, siendo uno y otro los elementos que mantienen la vida de la especie. En el animal, el amor á sus crías es tan enérgico como el instinto sexual y supera en mucho al de su conservación individual. Vemos, en efecto, á los animales de condición más mansa no retroceder ante los combates más desiguales y mortales cuando se trata de proteger á su progenitura. En casi todas las especies animales, la hembra, para salvar á sus pequeños, se expone ella misma al peligro, y aun á la muerte cierta.

En el hombre, la razón, es decir, la reflexión regula y dirige este amor instintivo de los padres, á veces le sirve de traba y en los malos pueden llegar hasta sofocarle por completo; por eso es preciso observar sus

efectos en los animales para poder estudiarlos en toda su pureza. En sí este amor es tan fuerte en el hombre como en los animales, y á veces le vemos en casos aislados sobreponerse al amor de sí mismo y llegar hasta el sacrificio de la vida. Recientemente refrieron los periódicos franceses que en Chahar (Lot) un padre se mató para que su hijo quedase libre de quintas, como hijo primogénito de viuda (*Galignani's Messenger* del 22 de Junio de 1843). Como los animales no tienen reflexión, el amor maternal (el macho generalmente no tiene conciencia de su paternidad) se manifiesta en ellos directamente y sin alteración; por lo tanto, con toda claridad y en toda su fuerza.

Lo que el animal expresa al proceder así es, en realidad, la conciencia de que su verdadero ser no está tanto en el individuo como en la especie, y es lo que le hace eventualmente sacrificar su vida para salvar á la especie en sus pequeñuelos. Aquí, como en el instinto sexual, la voluntad de vivir se hace en cierto sentido trascendente, en el sentido de que la conciencia, excediendo del individuo, al cual está unida, se extiende á la especie.

Hasta aquí me he limitado á exponer esta segunda manifestación de la vida de la especie en forma abstracta. A fin de mostrársela al lector con toda su grandeza y realidad, voy á presentar algunos ejemplos del inaudito poder del instinto maternal.

La nutria marina, al verse perseguida, coge á su cría y se sumerge en el agua con ella; al salir de nuevo á la superficie para respirar, la cubre con su cuerpo y recibe los arpones del pescador mientras se salva la cría. Sólo se mata á los ballenatos para atraer á su madre, que en seguida, acude y rara vez se separa del ballenato mientras éste conserva vida, aunque ella

misma esté atravesada por varios arpones. (Scoresby, *Diario de un viaje á las pesquerías de ballenas.*) En la isla de los Tres Reyes, cerca de Nueva Zelanda, viven inmensas focas, llamadas focas de trompa (*Phoca proboscidea*); se alimentan con peces y nadan por grupos y en buen orden alrededor de la isla. Tienen enemigos temibles, desconocidos hasta ahora, que habitan en las profundidades del mar y que les infieren heridas graves; por eso sus excursiones exigen una táctica especial. Las hembras paren en la playa, y durante las seis ó siete semanas de la lactancia los machos forman un cordón alrededor de ellas, á fin de que, no bajen al mar impulsadas por el hambre; cuando tratan de hacerlo, se lo impiden, mordiéndolas. Así ayunan todos juntos y enflaquecen considerablemente durante ese tiempo para no dejar á las crías entrar en el agua hasta que estén en condiciones de poder nadar bien y de observar la táctica conveniente, lo cual les enseñan á fuerza de empujarlas y morderlas (*Freycinet, Viaje á las tierras australes, 1823*). Este ejemplo nos muestra también cómo el amor á la progeneratura, semejante en esto á toda fuerte concentración de la voluntad, desenvuelve la inteligencia. El ánade silvestre, la curruca, y otras aves, cuando el cazador se aproxima á su nido, caminan hacia él chillando, y revolotean de aquí para allá como si sus alas estuvieran paralizadas, á fin de llamar la atención sobre sí mismas. La alondra trata de alejar al perro de su nido entregándosele ella misma. También la corza y la gamuza se entregan al cazador para alejarle de su cerbatillo. Se ha visto á golondrinas penetrar en casas incendiadas para salvar á sus pequeñuelos ó morir con ellos. En Delf, durante un incendio, una cigüeña se dejó quemar con su nido, no queriendo abandonar á

sus pequeñuelos que no sabían aún volar (Had Junius, *Descriptio Hollandiae*); la gallina silvestre y la chocha se dejan coger sobre sus huevos durante la incubación; el papamoscas (*muscipala tyrannus*) defiende su nido hasta contra el águila con valor asombroso. La mitad anterior de una hormiga que había sido cortada por la mitad del cuerpo, se ocupaba todavía en poner sus huevos en seguridad. Una perra, á la que habían abierto el vientre para extraerla las crías, se arrastró moribunda hacia ellas para acariciarlas, y no comenzó á gemir violentamente hasta que se las quitaron (Burdach, *Fisiología experimental*, vol. 2 y 3).

CAPITULO XLIII

HERENCIA DE LAS CUALIDADES

La experiencia diaria nos enseña, y ha sido en todos tiempos reconocido, que en lo concerniente á las cualidades corporales (objetivas, exteriores), los germenos de los padres combinados en el acto de la generación, reproducen no sólo las cualidades de la especie, sino también las de los individuos.

Naturae sequitur semina quisque sua.

(CATULLO.)

Se ha preguntado muchas veces si las cualidades espirituales (subjetivas, interiores), se transmitirían, igualmente de padres á hijos y la respuesta, casi universalmente, ha sido afirmativa. Pero es cosa más difícil saber si puede distinguirse lo que viene del padre, de lo que viene de la madre, en otros términos, qué parte de herencia procede de cada uno de ellos. Si estudiamos el problema á la luz de nuestra verdad fundamental, recordando que la voluntad es la esencia íntima, la sustancia y la raíz del hombre, y la inteligencia sólo un elemento secundario, adventicio y contingente, nos será preciso, aun antes de recurrir á la experiencia, admitir al menos como verosímil, que en la procreación, el padre como sexo fuerte y principio creador es